

de su intento el rey Bela (1). Mas posteriormente, las circunstancias le obligaron a intervenir en esta contienda; por cierto que el rey Bela fué quien le llamó a su socorro. Federico el Belicoso se había reconciliado al fin con el emperador, recobrando los territorios que le había arrebatado Bohemia durante su destierro: también había entrado con Bohemia en relaciones tan amistosas que casó a su nieta Gertrudis con Wladislao, primogénito del rey Wenzel, celebrándose el matrimonio en mayo de 1246. Poco después de este suceso, es decir, en 15 de junio del propio año, sucumbió Federico en la batalla que libró contra los húngaros en Leitha. Esta muerte era de tanta mayor trascendencia cuanto que Federico no tenía hijos y Gertrudis era la heredera legítima de Austria y de Estiria. El esposo de Gertrudis no estaba, sin embargo, suficientemente protegido por su padre, y falleció en 1247, de suerte que no pudo entrar en posesión de sus ducados, los cuales consideró el emperador Federico como feudos del imperio, haciéndolos administrar por un regente. Habiéndose casado al año siguiente Gertrudis con el margrave Hermann de Baden, el papa Inocencio IV elevó a éste a la categoría de los duques de los territorios austriacos, mientras el emperador separaba los países hasta entonces unidos poniendo como regentes de Estiria y de Austria respectivamente a Meinhard de Goritz y al duque Oton de Baviera. La lucha entre el emperador y el papa se trabó, pues, en las marcas fronterizas orientales y en ella hubo de tomar parte Daniel de Halicz. Inesperadamente falleció en 4 de octubre de 1250 Hermann de Baden, dejando a su viuda, además de sus pretensiones, un hijo, Federico, que subió al cadalso con el último Staufen, Conradino. La viuda buscó un defensor, naturalmente, entre los enemigos de los Gibelinos, y le encontró en el rey Bela de Hungría, el cual, en 1251 ó a principios de 1252 la casó con Roman Danilowitz, hijo de Daniel de Halicz. La crónica wolhynia refiere este hecho, con poca exactitud cronológica, al año 1254, pero dice expresamente que debió de ocurrir antes. Según parece, el rey Bela quería de este modo apoderarse de las pretensiones de Gertrudis para ceder luego en feudo los ducados al esposo de ésta. «Quería, — dice la crónica wolhynia, — apropiarse los países alemanes y a este efecto envió a decir a Daniel: mándame a tu hijo Roman, pues quiero darle por esposa a una hermana del duque (2), y con ella los territorios alemanes.» El plan de hacer feudatarias de Hungría las comarcas vacantes del Austria, había sido sugerido, a fines de 1247, por el papa Inocencio, que pensaba entonces en una división entre Hungría y Bohemia, habiendo contribuido eficazmente a aquel matrimonio, como veremos, la política pontificia. Pero no era tan fácil apoderarse de los ducados como hacer cesión de ellos, pues habíase presentado un nuevo y poderoso pretendiente en Ottokar de Bohemia, que en 1252 se había casado con Margarita, hermana de Federico el Belicoso, viuda del rey Enrique VII y tía de Gertrudis. Ottokar, que solo contaba veintidos años, se casaba con la viuda, que pasaba de los cuarenta y de la cual no había de esperar sucesión, movido únicamente por consideraciones políticas y estaba decidido a conseguir por todos los medios posibles el objeto que al casarse se había propuesto. Fué, pues, inevitable una guerra, que comenzó en 1252, prolongándose durante todo el año 1253 y terminando en 1254 con un tratado de paz en virtud del cual pasó a poder de Bela la Estiria, hasta la corriente del Mur, y Ottokar se quedó con

(1) El mejor trabajo sobre las relaciones mutuas entre Estiria, Austria y Bohemia se encuentra en la obra de Ottokar Lorenz: *Historia alemana en los siglos doce y trece*, tomo I, Viena, 1863.

(2) Aquí la crónica está equivocada, pues en vez de hermana debía decir hija.

el resto de este país y con el Austria. A pesar de haber peleado Daniel valerosamente con los suyos en Bohemia y Moravia, no se habló en aquel tratado de otorgarle la Estiria. Gertrudis, que ya en 1253 se había separado de su esposo, se contentó con Yudenburgo, de donde fué expulsada en 1260 y vivió desde entonces en Estiria con una pensión anual de 400 marcos (3). La alianza húngara ofrecía otra recompensa, cual era la corona real de Halicz. Hungría había mantenido durante el período que estudiamos íntimas relaciones con la Santa Sede, que seguía entonces con más interés que nunca la política del Este de Europa. Los muchos Estados fronterizos del Oriente cismático y en parte pagano, como Livonia, la orden teutónica en Prusia, la Polonia, la Bohemia y la Hungría, gozaban de la especial predilección del papa Inocencio IV, el cual no perdía nunca la esperanza de ver entrar de nuevo en el seno de la Iglesia latina a la Rusia, oprimida entonces por los tártaros. Ya hemos visto cuántas ilusiones acarició respecto de Alejandro Newski. Casi al mismo tiempo, en 1246, Daniel se ponía en relaciones con Roma, que desde 1230 había comenzado su propaganda en la Rusia Roja (4). En virtud de la bula pontificia del día 7 de setiembre de 1247, el arzobispo Alberto Suerbeer recibió la misión de presentarse a Daniel y de hacer entrar a éste y a sus obispos y prelados en la unidad de la Iglesia romana. Las negociaciones, sin embargo, fracasaron, a pesar de que se ofrecía al príncipe la perspectiva de la corona real, porque el papa Inocencio no se encontraba en condiciones de organizar la cruzada que contra los tártaros pedía Daniel; de suerte que cuando el arzobispo Alberto, probablemente en 1248, emprendió su viaje a Halicz, fueron rechazadas sus proposiciones. Al estallar la guerra de sucesión austro-estiria, el rey Bela sirvió de mediador para una reconciliación con el Papa, el cual entonces, accediendo a las pretensiones de Daniel relativas a la cruzada contra los tártaros, excitó en sus bulas de 1253 y 1254 a Polonia, Bohemia, Servia y Pomerania a que los combatieran unidas bajo la enseña de la cruz (5). En la segunda bula dirigíase igual excitación a Livonia, Estonia y Prusia. La dirección de esta cruzada se confió al abad Opizo de Mesana, legado pontificio en Polonia. Daniel que pareció dar crédito a la realidad de una cruzada, regresaba de su bien dirigida campaña bohemia cuando se le presentaron en Cracovia los embajadores pontificios, «que eran portadores de la bendición del papa, de la diadema y del título de rey, y querían ver al príncipe Daniel.» Este, sin embargo, les dijo: «No es conveniente que nos veamos en suelo extranjero,» y regresó a Cholm, donde tomó parte con gran ostentación en las fiestas religiosas, que se celebraron conforme al rito griego. En el mes de marzo de 1255 se le presentaron de nuevo los emisarios pontificios. La crónica wolhynia refiere el hecho en los siguientes términos: «El Papa había enviado emisarios autorizados que llevaban la diadema, el cetro y la corona, y dijeron... Hijo, acepta de nosotros la diadema del reino... El, sin embargo, no quiso admitirla, y habiendo tomado consejo de su madre, de Boleslao y de Semowitz, éstos le dijeron: Acepta la corona y te ayudaremos contra los paganos. Entonces él aceptó la corona de Dios, de la Iglesia,

(3) De su matrimonio con Roman existía una hija, llamada María, que casó con el duque Estéban de Agram.

(4) Véase Reifenkugel: *Fundación de los obispos católico-romanos de Halicz y Wladimir. Archivo para la historia de Austria*, Viena, 1875, página 401, y Murakewitz: *Daniel Romanowicz de Halicz en sus relaciones con Roma (Gaceta episcopal de Kieff, 1873)*. Este último trabajo contiene poco más que un análisis de la bula pontificia.

(5) Véase Gotze: *Alberto Suerbeer, arzobispo de Prusia, Livonia y Finlandia*, San Petersburgo, 1854. *Excurs. B.*, pág. 135, y Bonnell: *Cronografía ruso-livoniana*, San Petersburgo, 1862.

de los Santos Apóstoles, de la Silla de San Pedro, de su padre el papa Inocencio (1), y de todos sus obispos. Inocencio anatematizó a todos los que dijeran que la iglesia griega era herética, y quiso reunir un concilio para definir las verdaderas doctrinas y para hacer la unión de la Iglesia. Así tomó Daniel la corona de manos de Dios en la ciudad de Dorohitschin.»

Por esta narración se ve cuán poco religiosos fueron los motivos que produjeron esta conversión. La promesa de un apoyo contra los tártaros y la idea de una unión entre la iglesia griega y la latina fueron las causas que movían a Daniel a ceder: si sus esperanzas no se realizaban, nada podía tenerle encadenado a la iglesia católica. Después de haber llevado a feliz término su campaña contra los yatwiages y de haber obtenido del gran duque Mindowe de Lituania la cesión de la Rusia Negra (es decir, los territorios de Nowgorod, Slonjan, Wolkowyst, etc., que estaban separados de los de Daniel por el país de los yatwiages) (2), y después de haber casado a su hijo Schwarn con una hija de Mindowe, comenzó a romper las hostilidades contra los tártaros, confiando en su alianza polaco lituano-húngara y en el apoyo que le había prometido el Papa. Los tártaros hacía mucho tiempo que miraban con recelo el incremento que iba tomando el poder de Daniel, pero el tamnik tártaro de las estepas occidentales, Churremschah, era un hombre falto de aquella terrible energía que caracterizaba a los generales de la Tartaria. Cuando se vio claramente que Daniel quería la guerra, el tamnik ocupó la importante plaza de Bakuta, pero fué muy pronto de ella arrojado por Lew, hijo de Daniel, quien consiguió además hacer prisionero a uno de los baskakas tártaros. Una tentativa de Churremschah para hacer levantar el cerco de la ciudad de Kremchetz, fracasó por completo, y Daniel conquistó en 1257 a los tártaros la comarca que se extendía entre el Bug y Teterew. Parecía que iba a conseguir libertar todo el Sur de Rusia, inclusa Kieff, y que contaba con fuerzas suficientes para luchar al propio tiempo con los yatwiages, pues necesitaba conquistar el país de éstos para que tuviera para él verdadera importancia la posesión de la Rusia Negra. No fué, sin embargo, así. Las predicaciones para una cruzada no obtuvieron resultado alguno, por cuya razón Daniel, en 1257, rompió completamente con el Papa, contrariando sus planes de unión, aunque sin dejar el título de rey que el pontífice le había concedido. Daniel esperaba poder conseguir con sus propias fuerzas lo que no le permitían obtener las falaces promesas del extranjero. Ciertamente consiguió hacer fracasar una nueva tentativa de Churremschah, que quería invadir a Halicz; pero en 1260 las cosas tomaron un giro funesto para él. A Churremschah sucedió en Burundai, en el mando de las tropas dirigidas contra Halicz, un nuevo general, hombre que había hecho su educación militar al lado de Batu, el «ímpio y malvado Burunda,» como le llama la crónica wolhynia. Según parece, este caudillo pudo disponer de grandes recursos guerreros, pues Daniel, que hasta entonces se había mostrado tan enérgico contra los tártaros, no se atrevió a oponerle resistencia. Los tártaros procedieron con su tradicional astucia (3). Fingieron ignorar todo cuanto había

(1) Inocencio IV falleció en 4 de diciembre de 1254. La crónica contiene, pues, en este punto, un error cronológico ó de hecho. Boleslao era príncipe parcial de Cracovia y Semowitz de Masovia. Daschkewitz (*Historia de Daniel de Halicz*) opina que la coronación tuvo efecto en 1253, pero esto no concuerda con las bulas pontificias. La cronología del reinado de Daniel ofrece dificultades. Así por ejemplo, no puede fijarse con seguridad la fecha de la expedición contra los yatwiages.

(2) Véase Antonowicz: *Historia del gran ducado de Lituania*, Kieff, año 1878 (en ruso).

(3) Véase la *Crónica*, según el manuscrito de Hypatius, pág. 560.

sucedido y procedieron como si tuvieran en Daniel un vasallo adicto. Burundai le envió una embajada diciéndole: «Voy a combatir a los lituanos; si eres mi aliado ven conmigo.» Daniel tomó consejo de su hermano y de su hijo, «los cuales se pusieron tristes y le presagiaron un fin funesto si se decidía a ir en persona.» En su consecuencia, se acordó que iría Wassilko, haciendo todos votos para el buen éxito de la empresa. Burundai se mostró satisfecho y con el auxilio de Wassilko, asoló la Lituania, es decir, el país de los yatwiages, después de lo cual regresó a su residencia. Pero al año siguiente volvía a Lituania. Wassilko y Daniel se encontraban entonces en Wladimir, donde el primero casaba a su hija Olga con el príncipe Andrés. Un emisario de Burundai destruyó la placida armonía que reinaba en aquella fiesta: «Si sois mis aliados, venid conmigo, el que no venga será mi enemigo;» tal era el texto de aquella lacónica orden. La situación era desesperada; el enemigo se encontraba en la frontera de Lituania, que había sido devastada con la cooperación de Wassilko; no había que esperar auxilio alguno, y el Occidente católico veía en Daniel a un apóstata. Hungría, que hubiera podido ayudarle, era presa de una guerra civil encendida por un hijo contra su padre (4). La desobediencia equivalía a una devastación rápida del país, y era harto reciente el recuerdo del procedimiento devastador de los tártaros. Por otra parte, obedecer era una gran humillación y Daniel sentía todavía la vergüenza de su visita a Batu. Resolvió, pues, no ir y enviar en su lugar a Wassilko, a su hermano y a su hijo Lew y al obispo de Cholm, Ivan, con lo cual podría quizás conjurarse tan supremo peligro. En cuanto a él, huyó primero a Polonia y después a Hungría. Los emisarios de Daniel se avistaron con Burundai en Schumsk y le ofrecieron ricos presentes para calmar su cólera. El tártaro no mostraba benévolas intenciones, pues sabía que Daniel se aprestaba para la guerra y había puesto sus ciudades en estado de defensa. «Si sois mis aliados, destruid las fortificaciones de vuestras ciudades,» decía la orden que les dió. El hijo y el hermano de Daniel debían destruir los frutos de tantos años de esfuerzos y hacer más sensible el insulto del bárbaro con la obra de destrucción. Las fortificaciones de las ciudades fueron cayendo unas tras otras: las del territorio de Halicz fueron las destruidas en primer término, siendo las primeras las de Ystoschek y Lwow (Lemberg). Lew, el hijo de Daniel, debía destruir las de Halicz, y Wassilko las de Wolhynia. De esta suerte sucumbieron Kremenez y Lutschesk; en Wladimir, residencia de Wassilko, las empalizadas fueron entregadas a las llamas y los baluartes derribados. Únicamente Cholm, la residencia favorita de Daniel, pudo ser salvada gracias a una astucia de Wassilko, el cual, en presencia de los tártaros y sin que éstos lo notaran, excitó a los habitantes a que opusieran resistencia. La fortaleza se encontraba en buen estado, y Burundai, que quería invadir la Polonia, no podía entretenerse sosteniendo un largo sitio. Así es que penetró en Polonia por Lublin y Sowschost, asolando de un modo horrible aquellos territorios. Wassilko, Lew y Roman, esposo de Gertrudis, tuvieron que aprestar sus tropas auxiliares. Los tártaros regresaron de su expedición cargados de rico botín conducido por muchos esclavos cristianos, los cuales constituían una parte, quizás la más rica, de aquel botín. Halicz y Wolhynia habían evitado la muerte y el incendio, pero ¿a qué precio? Con el fracaso que sufrieron los planes de Daniel, desapareció la importancia histórica de éste. Después de la retirada de los tártaros recorrió de nuevo sus territorios y posteriormente tuvo que luchar casi de continuo con los lituanos, falleciendo en Cholm, su ciudad predilecta,

(4) Véase Lorenz, obra citada, pág. 310, nota.

á la edad de 63 años y dejando grata memoria en su país. «El rey Daniel fué un príncipe bueno, valiente y entendido: fundó varias ciudades y templos, embelleciéndolos extraordinariamente, y profesó entrañable amor á su hermano Wassilko, pudiendo decirse que fué un segundo Salomon.»

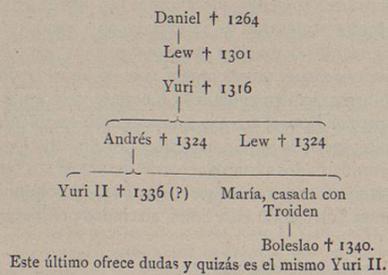
Si su obra quedó destruida y si no pudo conseguirse el objeto que se había propuesto — librar el Sudoeste de Rusia del yugo de los tártaros y extender sus fronteras al Norte hasta los límites de Lituania, — culpa fué principalmente de sus sucesores, que no siguieron la línea de conducta por él trazada. Si Daniel conservó unidos los principados de Halicz y de Wolhynia y pudo aportar á la lucha las fuerzas de ambos, en cambio los intereses particulares de los príncipes que le sucedieron resultaron encontrados. Wassilko pudo ejercer, según parece, hasta su muerte, acaecida en 1271, una especie de supremacía, pero no consiguió dominar á sus sobrinos, especialmente al indómito Lew. No tomó parte en la primera expedición comun contra Polonia: cuando en 1270 falleció su hermano Schwarn, que entretanto había reinado en Lituania, toda Halicz pasó á sus manos, mientras que su sobrino Wolodomir Wassilkowitz y su hermano Mstislao se posesionaron de Wolhynia por derecho de herencia. Lo peor de todo fué que Lew trabó amistad con los tártaros, cuando esta amistad llegó á ofrecerle ventajas, sin poder á pesar de esto conseguir en el exterior aquella consideración de que su padre había gozado durante su vida. Su preferencia hacia los enemigos de Rusia fué tan allá, que formó para su defensa una guardia de corps tártara. El Sudoeste de Rusia comenzó de nuevo á dividirse en principados parciales, y aun cuando Lew llevó el pomposo título de rey de Halicz, la importancia del principado fué menguando de día en día. Lew falleció en 1301. Su hijo y su nieto no estuvieron á la altura de las circunstancias. Cuando con la muerte de Yuri Andreyewitz quedó extinguida la línea directa de los reyes de Halicz (1336 ó 1337), Wolhynia y Halicz pasaron á poder de los lituanos para caer poco después, en 1349, en manos de Polonia (1). Con esto el Sudoeste de Rusia quedó durante algunos siglos separado de los destinos de sus afines de raza en el Este y el Norte, pasando éstos bajo el dominio de los lituanos y contribuyendo de esta suerte á formar la gran potencia del siglo XIV.

## CAPITULO XIX

### PRINCIPIOS DEL ENGRANDECIMIENTO DE LITUANIA

Durante los siglos XII y XIII comenzó á intervenir en la vida política de Europa aquella rama de los indo-europeos que mas grado de afinidad tenía con los eslavos, á saber, el pueblo lituano.

(1) Una excelente historia general de Halicz, hasta la muerte de Lew, encontramos en la *Historia de Rusia* de Ylowaiski, tomo II, capítulo XXII, Moscú, 1880 (en ruso). Para mayor claridad reproducimos la tabla genealógica de la familia real de Halicz.



Ya hemos visto el estado de cultura de los lituanos, tal como se nos presentaba durante el período de la unidad del idioma leto-eslavo. Después, y durante algunos siglos, la historia de la Lituania viene envuelta en una completa oscuridad. El pueblo lituano, establecido en el valle, abundante en lagos y selvas, que se extiende entre el Báltico, la corriente del bajo Duna y la desembocadura del Vístula y que abarca, por tanto, casi toda la cuenca del Niemen, se subdividía en muchas fracciones, y no estuvo hasta una época posterior en contacto con los pueblos civilizados de Occidente. Los primeros que entraron en inmediatas relaciones con los occidentales fueron los pruzzi ó prusianos, habitantes del país de Bernstein (ámbar amarillo), los cuales tuvieron que defender sus libertades contra los ataques de los alemanes y polacos, y en esta lucha por su independencia adoptaron una forma de Estado político. Escasas son, sin embargo, las noticias que tenemos acerca de su historia primitiva y de sus usos y costumbres (2). El perfecto sistema de constitución política y de mitología prusianas, tal como lo han explicado hasta hace muy poco las mismas obras históricas, no es mas que un tejido de piadosas invenciones y de audaces falsedades. Solo encontramos noticias fidedignas en la narración de viajes de Wulfstan, en la parte referente á Prusia, en las lacónicas relaciones de Adan de Bremen, en la crónica de Pedro de Dusburg y en la crónica rimada livonia. Además de éstas, tenemos las noticias referentes á fines del siglo XIII de las crónicas rusas y el material acumulado en los archivos.

Apoyados en ellos, podemos decir que á mediados del siglo XIII la Lituania ofrecía el siguiente aspecto.

De la parte septentrional de los territorios lituanos se apoderaron las tribus de los semigalios y de los letos, que habitaban mas lejos del grupo principal y cuyo idioma era muy diferente del de este grupo. Las tribus establecidas en las comarcas del actual Aa-Kurio y del Duna, cruzaron, en parte, este río y se dirigieron al Aa livonio, no llegando nunca á la costa y siendo, al parecer, la parte menos guerrera del pueblo (3). Mas belicosos eran seguramente los prusianos, que se dividían en diez tribus y que eran los únicos lituanos que vivían en las costas, sin por esto ser marinos. Su residencia en las costas de Bernstein, por donde pasaban varias vías mercantiles (4), hizo que se asimilaran elementos de cultura que les hicieron moral y materialmente superiores á sus afines de raza. Siendo, además, los primeros que tenían que defender el suelo de su patria contra los ataques exteriores, ya se comprenderá que fuesen los que antes sacudieran aquella especie de letargo que durante tantos siglos tuvo en el olvido á aquella rama de la raza aria. Su historia, sin embargo, coincide tanto con la de la orden teutónica y tiene tan pocos puntos de contacto con la rusa, que bien podemos pasarla por alto.

El centro propiamente dicho de los territorios lituanos estaba ocupado por los shmudes, que habitaban á orillas del alto Niemen y de sus afluentes, el Dubis y el Nenejasch, y por los lituanos ó litwas, que tenían su residencia en las márgenes del Niemen y del Wilja. Por último, á ambos lados del Bug extendíase el territorio de los yatwiages. En los primitivos tiempos de estos pueblos no se encuentra ningun

(2) Véase Lohmeyer: *Historia de la Prusia oriental y de la occidental*, 1.<sup>a</sup> parte, 2.<sup>a</sup> edición, Gotha, 1881.

(3) Los escritores rusos cuentan entre éstos á los Kures, que habitaban á orillas del golfo de Riga y en las costas occidentales de la actual Curlandia y que formaban, prescindiendo de los húngaros, las primeras avanzadas de las tribus finesas. Véase Ylowaiski, obra citada, Antonowicz, obra citada, Daschkewitz y otros.

(4) La relación detallada se encuentra en la obra de Waldmann: *Berstein en la antigüedad*, Fellin, 1882.

poder supremo público ni vida alguna municipal. A fines del siglo XIII y á principios del XIV comienzan á aparecer algunas ciudades, pero éstas en gran parte son fundaciones extranjeras debidas á rusos ó alemanes (1). La población se dividió en un gran número de pequeñas confederaciones, cada una con su jefe respectivo y cuyo centro era un castillo, es decir, un espacio cercado y situado en una altura ó en sitio que ofreciera seguridad, en el cual, en tiempo de guerra, pudieran refugiarse hombres y ganado. Cuán considerable debía de ser el número de estos caudillos nos lo demuestra el hecho de que en una batalla que en 1248 libró Wassilko Romanowitz contra los yatwiages perecieron cuarenta «príncipes» de éstos, y de tales ejemplos pudiéramos citar muchos. Entre los diversos distritos, que tenían por jefe supremo á un caudillo, no existió hasta el siglo XIII una cohesión política, ó si existió fué poco sólida. En aquella fecha comienzan á notarse las primeras señales de una consolidación. La unidad era puramente etnográfica y bajo el punto de vista de la civilización, y procedía de la comunidad de origen y de la igualdad entre sus respectivas condiciones de vida. Era esta una raza fuerte y culta, cuyas costumbres, antes de que la lucha por la independencia les diera cierto carácter de rudeza, eran las de un pueblo primitivo sencillo y bondadoso. Los prusianos presentan el ejemplo único de ser un pueblo habitante en las costas del mar que no utilizó el derecho de playa, sino que acogió siempre hospitalariamente á los naufragos. Mas adelante ya fué otra cosa, y algunos rasgos de la mas ruda crueldad demuestran hasta qué errores puede llegar la fantasía exaltada de un pueblo. Como los lituanos no se dedicaban á la agricultura mas que en cuanto se lo exigían las mas indispensables necesidades, y como la cría de ganado no podía prosperar en grande escala en aquellas extensas llanuras pobladas de bosques, la caza y la pesca fueron la ocupación principal de los habitantes. Los árboles de miel eran por ellos cultivados según el mismo primitivo sistema que seguían los eslavos: el comercio estaba reducido á una simple permuta de los productos del país por metales, armas y demás objetos que el lujo y la necesidad hacían indispensables. Sorprende en extremo que los lituanos, al revés de lo que acontecía respecto de los eslavos de anteriores tiempos, estuvieran bien montados y supieran cuidar perfectamente sus pequeños caballos: esto parece constituir una prueba de que este pueblo, antes de ocupar su residencia en el Norte, tuvo algun tiempo su patria en las estepas (2). Por lo que á las ideas de los lituanos se refiere, está fuera de duda que tenían un sencillo culto de la naturaleza, como lo encontramos en los demás pueblos arios; en cambio, es muy problemático que viviera realmente en el pueblo la mitología perfecta que se le atribuye. El único autor fidedigno que puede servirnos de garantía, Pedro de Dusburg, nos dice solo lo siguiente: «Los prusianos no tenían noción alguna de Dios, pues siendo como eran sumamente cándidos, su entendimiento no podía concebirlo, y careciendo, además, de alfabeto, no podían apelar á la escritura. Antiguamente, se admiraban de que uno pudiera comunicar por escrito sus ideas á un ausente. No teniendo idea de Dios, consideraban como tal todo lo creado, como el sol, la luna, las estrellas, el trueno, los cuadrúpedos, los pájaros y hasta los sapos. Te-

(1) De Kernow se hace mención en 1250, de Eirgola en 1280, de Kowno en 1280, de Telschi, Wilno-Troki y Lida en 1320. Véase Antonowicz (pág. 9), de quien principalmente tomamos los datos en esta parte. Daschkewitz ha hecho una crítica buena y detallada de este trabajo en la *Yswestija* de la universidad de Kieff, 1882. Si no hacemos caso de sus excusas, nos parece tener razón Antonowicz.

(2) Conjetura de Ylowaiski, obra citada, pág. 115. También parece probarlo el hecho de que bebieran leche de yegua.

nian también sus bosques, campos y ríos sagrados, en los cuales no se atrevían á cortar árboles, labrar ni pescar. En el centro de este absurdo pueblo, es decir, en Nadranen (3), había un lugar llamado Romowe... en el cual habitaba un hombre á quien daban el nombre de Kriwe y veneraban como pontífice... de suerte que por sus oraciones y sus consejos se gobernaban no solo los prusianos sino también los lituanos y demás pueblos de los territorios livonios. Su poder era tan grande que cuando uno de sus parientes ó simplemente uno de sus embajadores cruzaba llevando su bastón ú otro distintivo cualquiera por el país, todos los príncipes y magnates y todo el pueblo en general le tributaban rendido homenaje. Como en la antigua confederación, conservaban el fuego siempre ardiendo. Los prusianos creían en la resurrección de los muertos; pero no del modo que se debe, pues en su creencia todos los que morían en esta tierra renacían en la vida futura con la condición de ilustres ó vulgares, ricos ó pobres, fuertes ó débiles, que antes tenían. De aquí que juntamente con el cadáver quemaran las armas, los caballos, los esclavos de ambos sexos, los vestidos, los perros de caza, los halcones (4) y todo cuanto pertenecía á la vida guerrera, pues creían que con el difunto resucitaba todo lo quemado y volvía á serle útil. Después de una victoria ofrecían un sacrificio á sus dioses, y los que habían tomado parte en la guerra llevaban el tercio del botín al Kriwe, el cual lo quemaba. En la época de que vamos hablando, los letos y demás infieles de estas comarcas mataban las víctimas en cualquier lugar; antes de sacrificar un caballo, lo azotaban de tal manera que no podía ponerse en pié. Rara vez emprendían nada los prusianos sin consultar antes á sus dioses y sin tratar de saber, por medio de sacrificios, si la suerte les sería favorable ó adversa. El prusiano no fijaba su atención en los vestidos superfluos y costosos; hoy se desnudaba y al día siguiente no se cuidaba de si se ponía el vestido al revés. Ni tenían blanda cuna ni manjares delicados. Sus bebidas eran el agua clara, la miel y la leche de yegua, y antes de beberlas las bendecían. Creían que cuando el huésped no se embriagaba era señal de que no se le había dispensado buena acogida. Había entre ellos la costumbre de obligar á todos en los banquetes á beber sin medida, y cuando ponían alguna bebida delante del convidado, le imponían la condición de beber también mucho, y de esta suerte repetían los tragos hasta que convidados y huéspedes, hombres y mujeres, hijos é hijas estaban embriagados. Siguiendo un antiguo uso, compraban á las mujeres por una suma de dinero, y por esto les servían como esclavas, no comían en la misma mesa del marido, y en determinados días lavaban los pies á los de su casa y á los convidados. Entre ellos no estaba tolerada la mendicidad: el pobre entraba en las casas y comía cuanto quería. Cuando ocurría un asesinato, no se pensaba en un arreglo hasta que los parientes de la víctima habían muerto al asesino ó á sus parientes.»

El testimonio indudable de Dusburg respecto de las creencias religiosas de los prusianos ha sido la base sobre la cual la Edad media y la época de la Reforma construyeron un edificio de mitología lituana á cuyo frente figuraba la trinidad formada por Perkuno, Protrimp y Pikollo, cuyo culto estaba dirigido por una jerarquía bien organizada. Podía, pues, imaginarse el Estado lituano como un Estado teocrático ó considerarse por lo menos que en aquel país, sin la presión del exterior, hubiera debido formarse un imperio clerical.

(3) Pissa formaba la frontera entre Nadrauen y Sudauen. Hoy no puede determinarse el sitio en que estaba emplazada Romowe.

(4) Este pueblo conocía, pues, los halcones y los azores, lo cual es nueva prueba de lo que hemos dicho de las estepas.